

La “interpretosis” como problema político y como enfermedad

Mathov, Nicolás (Ciencias Sociales, UBA)

“En verdad, significancia e interpretosis son las dos enfermedades de la tierra o de la piel, es decir, del hombre, la neurosis de base”

Deleuze-Guattari, *Mil mesetas*

“Las palabras sirven como intensidades no como significaciones”

Lyotard, *Dispositivos pulsionales*

La producción de *subjetividad* y la producción de *polis* se hallan inseparablemente ligadas con la cuestión de la interpretación. ¿Qué significa interpretar? ¿Cómo es posible que haya interpretación? ¿Qué supone el hecho de que sea posible desarrollar algo así como una actividad interpretativa? Es esa estructura por así decir subyacente, supuesta y sub-puesta por la interpretación la que de algún modo nos gustaría desentrañar para poder entonces considerar qué es lo que efectivamente se pone en juego a través de un dispositivo interpretativo. La tesis que nos gustaría sostener es la siguiente: la producción de un sujeto “normal”, es decir, neurótico (y también normópata), es la producción de un “buen intérprete”. El sujeto interpretante es aquel que, munido de una serie de legalidades, opera sobre lo circundante imponiendo sus idealidades de sentido previamente adquiridas por sobre el “material novedoso” que se le presenta. Un sujeto interpretante-interpretósico es aquel que no tolera las materialidades sígnicas y, ante esa suerte de fobia, debe conquistar las superficies para inmediatamente profundizarlas, desdoblarlas, desplegarlas, invaginarlas. Todo ese gesto habilita una clase de paranoia que es la que propiamente abre al mitologema de los sentidos profundos y escondidos. De este modo, el sujeto interpretante lee el mundo como lee los libros sagrados. En ese punto es que se produce la indistinción palabra-cosa, y no podemos más que preguntarnos: ¿qué es una palabra? ¿Qué es una cosa? ¿En qué sentido se diferencian? ¿Qué es lo que hace que una y otra no se superpongan, es decir, qué las mantiene separadas, garantizando su oposición y autonomía? Desde el momento en que se saca la mirada del libro sagrado para llevarla al mundo bajo la forma de un sujeto interpretante, entonces nada ha cambiado, puesto que esa mirada sigue siendo básicamente alegorizante y alegorizadora. Mirada imposibilitada de comulgar con la materialidad de lo que es, y que se entrega a un incesante trabajo de excavación y desciframiento. La interpretación -la interpretosis- no es otra cosa que esa ciega e infinita voluntad de significación, en tanto que guerra contra la soberanía, la inmediatez y el mutismo de los signos.

Signos y Cosas son una misma cosa. Ha sido preciso interponer un gran aparato mitológico-interpretativo (y en ese sentido la interpretación es nuestro gran mito), para poder, recién entonces, domeñar el delirio de la dispersión sígnica y reducirlo a la configuración y estabilización de mundo. De modo que la actividad interpretativa, y la producción de un sujeto interpretósico, tienen, como principal objetivo, operar la clausura a la dimensión artístico-poiética de la existencia. Y si bien podríamos seguir hablando de “interpretación” en el caso de la fuerza artístico-poiética, sería preciso resaltar su carácter de creación *ex nihilo* como si se tratara de un demiurgo que permanentemente crea y vuelve a re-crear un mundo a cada instante (mientras que la interpretación interpretósica sería aquella que garantiza la pervivencia de una primera interpretación originaria santificada bajo la forma de una “ontología”). La interpretación interpretósica y subjetivadora es

aquella a través de la cual se busca gestionar las intensidades constituyentes de un “sujeto” para remitirlo a la operacionalización de unos principios decodificadores de mundo que son siempre los mismos. Formar comunidad, producir socialización, sería, en ese sentido, un problema estético-político de homogeneización de artistas a través de la prohibición de inscribir o dibujar nuevas tablas de valores (sería algo así como expropiar a cada artista de sus herramientas, para reunirlos en un mismo taller donde todos compartiesen las mismas y operasen sobre un mismo paño). Pero la paradoja estético-política subsiste en tanto que aquel que se propone clausurar la dimensión estética de la existencia, como Platón en *República*, no puede más que hacerlo como meta-artista, como artista de artista que instaura (de un modo inconfesablemente artístico) legalidad y moralidad, y de ese modo pretende conducir las intensidades artístico-creadoras a la *oikonomía* de un sujeto cerrado sobre sí y gobernado por el principio de utilidad y la lógica del Proyecto .

Habiendo hecho las precedentes consideraciones, nos gustaría partir de esa frase con la que Susan Sontag cierra su artículo intitolado *Contra la interpretación*: “en lugar de una hermenéutica, necesitamos una erótica del arte”¹. Creemos haber dicho lo suficiente como para que la cuestión artística no se vea reducida a una esfera separada y autónoma. La cuestión de la estética –de la *aisthesis*- y del arte es, en verdad, y contra una tradición que de manera muy sutil ha intentado encerrarlo para neutralizar su potencia, una cuestión que se superpone de manera inescindible con el ente, siendo éste el campo de la presentación, de forma tal que la cuestión de la *aisthesis* no puede ser separada, de ningún modo, de lo que se presenta. El modo de conquistar y regular el plano de la presentación por parte de una política ha sido, justamente, el de establecer ciertas líneas con lo no-presentable, para poder inaugurar un sistema de cortes y cesuras que posibiliten una tarea gubernativa sobre las presentaciones, es decir, sobre el desenvolvimiento existencial de los vivientes. De modo que política y arte no pueden ser separados, ni siquiera, y especialmente, bajo la forma de un discurso que opone lo fútil y lo serio, puesto que es parte de una muy particular operación política de despoltización del arte la que se lleva a cabo, principalmente, bajo la forma de una institución de encierro como el museo, donde se supone que las “piezas de arte” pueden ser expuestas, sin riesgos de contagio con el mundo operativo-profano (como si los objetos sólo pudiesen ser arrancados de las redes de utilidad en que se hallan insertos, sólo a condición de erigir un cordón sanitario bajo la forma de un museo). Si se nos concede esto y si podemos mantener ligado lo artístico y lo político, entonces quisiéramos volcarnos sobre la otra cuestión –la erótica- que está presente en la frase de Sontag. La autora dice que, en lugar de una hermenéutica, necesitamos una erótica. Ahora bien, ¿qué sería una hermenéutica no-erótica o anerótica? ¿No habría allí una suerte de deserotización de la labor exegética, tal que permitiría decir a quien aparece en un momento ulterior: “dejemos de interpretar, eroticemos”? Y si bien es hacia ese punto que señala Sontag que querríamos dirigirnos, es preciso formular, antes de intentar abordar una “erótica de la interpretación”, una suerte de reserva contra la posibilidad de que una hermenéutica pudiese ser no-erótica para luego, en un momento ulterior, devenir tal. En este punto, siguiendo a Deleuze y Guattari en *Anti-Edipo*, es preciso señalar que no hay sublimación: el campo social se constituye y se nutre de la actividad deseante de las máquinas. De modo que nunca tendríamos propiamente una hermenéutica que luego sería preciso “erotizar”. La situación es más bien la inversa: teniendo un campo social,

¹ SONTAG, S., *Contra la interpretación*, p. 39

económico, político o lo que fuere, sostenido y agenciado sobre una infraestructura libidinal, pero perdido o cortado en la medida que los signos significantes interceden y se apropian de los deseos-intensidades, entonces de lo que se trata es de recuperar la erótica que la actividad signico-interpretativa ha venido a desactivar. La hermenéutica es siempre una erótica inconfesada (del mismo modo en que lo es cualquier producción sin más), pero impercibida como tal, desde el momento en que todo parece ser un frío juego de signos que se reenvían unos a otros. Pero el juego signico de los reenvíos sólo destruye el acontecer poético a condición de imprimir finalidades y utilidades. Siguiendo esta línea, podríamos jugar y reformular la frase de Sontag y decir: es preciso deshacer la interpretación en tanto que juego despótico de reenvíos que se rige por ciertas normas de significancia, para recuperar, haciendo explotar aquel proceso que detiene los procesos, las siempre prohibidas e inaccesibles superficies. Entonces, contra la interpretancia y la interpretosis, una erótica de los signos-superficies en tanto que materialidades no sujetas ni sometidas a reenvío alguno.

Quisiéramos aprovechar también para resaltar esa inconfesable metafísica típicamente moderna (y más aún, positivista) que divide y articula Signos y Cosas a través de la trinidad Significante-Significado-Referente. La mitología por así decir “moderna” conquista y destruye la potencia del Signo poniendo un estado de cosas originario (una ontología) que se deja referir por las palabras (y nótese que ese “dejarse referir” debería alcanzar para desbaratar la comedia). Pero la referencia nunca adviene al discurso, la referencia nunca puede ser “tocada” (por eso el fenómeno discursivo se agita y se contrae en el marco de una seducción infinita por acceder a un inaccesible; por eso el murmullo discursivo tiene como fin el no tener fin y convertirse en una administración perpetua de flujos), de ahí, justamente, que, como sostiene Foucault, si la interpretación es infinita, es porque no hay nada que interpretar. La ausencia de referente, que es lo que posibilita, justifica y funda el sempiterno desfile de signos con pretensiones de decir lo Otro (referente superpuesto al mundo, pero de manera caricaturesca, puesto que sigue siendo un agente discursivo de captura y de homogeneización) es el centro vacío que la interpretación interpretósica tiene como misión custodiar. Y si bien esa interpretación cree haber superado una suerte de ingenuidad que consistiría en decir que las cosas están “simplemente ahí fuera”, como lo diría una interpretación que creyese posible borrar al agente impunemente, lo que aquella mitología interpretacionista perpetra es el salvataje de una realidad que no ha de ser asimilada a fábula, porque en el caos de lo que fluye ha de ser hallado un milagroso punto arquimédico: el sujeto, la conciencia.

Intentemos ahora abordar o esbozar una erótica de los signos. La interpretación no es revelación de un sentido oculto y que se sustrae, y que nos obliga a peregrinar con la esperanza de algún día alcanzarlo o conocerlo. La mitología del sujeto constructor de mundo desde ya que no alcanza a enfrentar los problemas, puesto que decir que se pertenece a una tradición y que por eso se participa de un cuerpo de sentido, sigue conservando la división más esencial, y que es la que justamente pretendemos impugnar, entre Signo y Cosa. Esta distinción supone, de una manera solapada pero no por ello menos risible, que hay en aquello que se transforma en signo una oculta voluntad de no ser sí mismo sino de reenviar a otra cosa (culpabilidad del signo que sólo puede aparecer y mostrarse a condición de que nos envíe hacia su Amo-Referente). El enigma es siempre el “reenvío”. Una erótica de los cuerpos-lenguaje y de la repetición anula la lógica

gubernativa y distributiva de los reenvíos. El reenvío, la producción de referencia que organiza y despliega un mundo, es, en última instancia (y por eso los tenaces esfuerzos en mantener la actividad interpretativo-revelativa con vida) la producción de un sujeto económico-gestionable. La última jugada de la interpretancia es la interpretación que reconoce que los hechos no existen y que tan sólo hay interpretaciones, pero esto sin asumir acabadamente el devenir fábula del mundo. La interpretación en tanto que actividad creativa desempeñada por un “agente libre” que “decide” es mantenida. En ese sentido, el dios tachado o inexistente del “ateo” es un dios cristiano en la medida que imposibilita la producción de nuevos dioses (el dios que no existe como liquidación de dioses y como prohibición de producción de nuevos dioses). Se puede conceder que el mundo, en tanto que tal, no existe, pero contra aquella concesión reacciona una suerte de “praxis interpretativa” a la cual permanecemos irremediabilmente vinculados, en tanto que sujetos-agentes “condenados a ser libres”; pero de ese modo la praxis misma, es decir, la libertad, es salvada, y con ella la figura del sujeto interpretante. Lo que se juega, o lo que se produce, a través de la producción de interpretación como “actividad” a ser “realizada”, es la producción y la conservación del “agente libre” en tanto que superviviente al “desencantamiento” del mundo.

La erótica interpretativa de los signos ya nada tiene que ver con la paranoia interpretósica de aquel que se ve rodeado por signos que lo engañan: los signos han sido restituidos a su inmanencia, y junto a ellos, la conciencia también. Una conciencia que ya no interpreta, porque todo se le presenta como una materialidad ciega, gloriosa y eterna, es una conciencia que violentamente se ve restituida a la noche de ese *Selbst*, tanto más vasto y tanto más múltiple que aquel Yo falsificador de las intensidades que Kant, no sin cierto terror, exigía que acompañase a cada una de nuestras representaciones. En cuanto a la materialidad del signo, esta es recuperada como porción autónoma de mundo, liberada del servilismo de tener que significar y reenviar siempre a algún Amo (y esta ardua tarea implicaría algo así como poder escuchar una voz en nuestro propio idioma como si se tratase de una voz extranjera, es decir, musicalmente y liberada de todo reenvío a algo otro). La conciencia como fundamento encarnado que conserva la indispersión de las intensidades se hunde entre los flujos, desaparece en tanto que un Uno y se multiplica al compás de los flujos y reflujos de intensidades. Podemos comprender, ahora, el problema de la interpretación interpretósica como producción propiamente política de subjetividad. El desencantamiento de mundo es complementado, en sentido inverso y des-desencantador o re-encantador, con la “actividad” o la “praxis” interpretativa de un sujeto que lo construye todo, pero que en el construir mismo conserva toda la potencia mitológico-mitante: como si “él” tuviese que dar sentido, como si “él” no tuviese una esencia y entonces fuese su tarea primera proporcionársela a través de una cierta praxis (y nótese que aun removida la esencia se conserva el “él”, ¿pero se trata entonces todavía propiamente de un “él”, no sería acaso ese “él” el “él” de las intensidades-singularidades pre-individuales?). Contra ese movimiento brutal, el desencantamiento, muy lejos de responder a regímenes “desinteresados” de veridicción, responde al clarísimo designio de que permanezca en posición de *arkhé* un Dios tachado o ausente; pero cuya ausencia, llamativa y escandalosamente, no admite ni tolera la producción de nuevos dioses, es decir, mantiene la existencia ligada a un programa de gobierno que debe ser seguido por un “empresario de sí mismo” o un “constructor de sí”, en tanto que unidad a la que no le es lícito volverse múltiple y agenciarse nuevos dioses-intensidades.